

Problemas en torno a la noción lacaniana de yo: una interpretación de los trabajos de Lacan de las décadas de 1930 y 1940.

Tolini, Diego.

Cita:

Tolini, Diego (2015). *Problemas en torno a la noción lacaniana de yo: una interpretación de los trabajos de Lacan de las décadas de 1930 y 1940*. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/856>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/oRf>

PROBLEMAS EN TORNO A LA NOCIÓN LACANIANA DE YO: UNA INTERPRETACIÓN DE LOS TRABAJOS DE LACAN DE LAS DÉCADAS DE 1930 Y 1940

Tolini, Diego

Universidad del Salvador. Argentina

RESUMEN

Este trabajo se sitúa en las producciones de Lacan de las décadas de 1930 y 1940, previas al *El estadio del espejo* como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, para proponer una interpretación de la noción de yo. Parte de la noción de imago, noción que Lacan sitúa en la base fundamental de una psicología verdadera y positiva, y descompone su acción en una serie de operaciones específicas: fijación, unificación, totalización, regulación y reproducción. Según intenta demostrar, la cuestión del yo se juega dentro de estas mismas coordenadas. Finalmente, propone una relación del hombre con las formas ideales que componen su yo, relación en la que se debate la cuestión del ser en una tensión entre lo fijo, unitario y total, por un lado, y lo dinámico, múltiple y fragmentario, por el otro.

Palabras clave

Lacan, Yo, Imagen, Acción

ABSTRACT

PROBLEMS CONCERNING DE LACANIAN NOTION OF I: AN INTERPRETATION OF LACAN'S WORKS OF THE 1930S AND THE 1940S

This article draws on Lacan's studies of the 1930s and 1940s, prior to *The mirror stage* as formative of the function of the I as revealed in psychoanalytic experience, to suggest an interpretation of the concept of I. It begins with the notion of imago, notion that Lacan situates in the fundamental basis of a real and positive psychology, and decomposes its action in a series of specific operations: fixation, unification, totalization, regulation and reproduction. As we intend to demonstrate, the problem of the I develops within these coordinates. Finally, it suggest a relation between the subject and the ideal forms that compose its I, relation in which we intend to introduce the issue of the being in a tension between the fixed, the unitary and the total, on the one hand, and the dynamic, the multiple and the fragmentary, on the other.

Key words

Lacan, I, Image, Action

1. Introducción

Este trabajo busca contribuir al esclarecimiento de la noción de yo de Lacan. Se sitúa en los trabajos de Lacan de las décadas de 1930 y 1940 previas a *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Queremos advertir, con esto, que no introduce el problema del *Je* y la distinción, clave en la obra posterior de Lacan, entre un *Je* y un *Moi*. La cuestión del yo es, en Lacan, inescindible de la cuestión de la imagen: comenzaremos pues por ésta. El tratamiento de esta cuestión arrojará una serie de elementos sin cuya contribución la cuestión del yo sería inabarcable.

2. Realidad y eficiencia de la imagen

Es reiterada la vehemencia con la que Lacan se propone durante las décadas de 1930 y 1940 encontrar el objeto sobre el que pueda fundarse la psicología. Este objeto estará constituido, para Lacan, por la noción de «imagen». La imagen es, en efecto, para Lacan, la promesa de una psicología verdadera, esto es, una «psicología positiva», libre de presupuestos, volcada sobre la experiencia y a salvo de toda desviación de índole ya organicista ya metapsicológica.

Luego de los extravíos que la psicología venía evidenciando en su tratamiento de la noción de imagen, Freud fue, de acuerdo con Lacan, el primero en destacar la función precisa que había que adjudicarle a este fenómeno mental. Pero esta función de la imagen respondía a un factor adicional y primero, pues las imágenes corrientes eran acreedoras de dicha función sólo por constituir las variaciones de ciertas «matrices» que constituían *para las tendencias* aquellas «imágenes específicas» denominadas «*imago*» (Lacan, 1948, p. 97). Esta noción de *imago* será uno de los ejes fundamentales de los trabajos de Lacan de las décadas de 1930 y 1940.

En 1936, Lacan pretende impulsar la noción de imagen como noción central de la psicología por medio de una pormenorizada crítica a la tradición asociacionista. Sucede que el asociacionismo que hace de fundamento metafísico a la psicología con la que Lacan discute promueve una concepción ingenua de realidad que debe ser rebatida. No sólo en lo que en ella funciona como principio de regulación o perspectiva de adaptación, esto en lo que respecta al comportamiento, sino fundamentalmente en su carácter atomístico e independiente del sujeto, esto en lo que respecta al conocimiento. La concepción de realidad que aquí se pone en juego es una realidad compuesta de elementos simples, mínimos e indivisibles que impresionan sobre un sujeto pasivo, un sujeto que se limita a sufrir efectos.

La verdad surgiría, para este sujeto, en su relación con la sensación pura. Ese punto mítico de contacto donde la realidad *actuaría* sobre el sujeto brinda el marco metafísico a partir del cual se ejercerá la depreciación asociacionista de la imagen, pues la imagen quedará, de aquí en más, subordinada a la sensación, o en rigor, a no ser más que una copia debilitada de aquel punto sensible, una copia que brinda de él, esto es, de la realidad, un testimonio menos seguro.

La imagen no pertenecería entonces a la realidad verdadera sino a una suerte de realidad ilusoria, y la psicología tendría el papel de reducirla, junto a los demás fenómenos psíquicos, al sistema de referencias y a los mecanismos de las ciencias naturales.

El psicoanálisis, entiende Lacan, se ha encargado de demostrar que hay una realidad propia de la imagen y que dicha realidad sería acreedora de una *eficiencia específica*. Este movimiento permite poner en cuestión: a. la noción asociacionista de un sujeto pasivo para sugerir la de un sujeto que, sin perderse en el horizonte de un subjetivismo, se vuelve, no obstante, activo; y b. la idea asociacionista de un espacio dividido en elementos discretos. El espacio que introduce la imagen no es un espacio de multiplicidades y parcialidades, sino un espacio inextenso, es decir, indivisible, lo cual encuentra fundamento en la noción de *Gestalt* que es, para Lacan, la noción que define la naturaleza de este espacio.

Lo que quisiéramos destacar aquí es que hay, para Lacan, una eficiencia de la imagen y que esa eficiencia se vincula con una función que ya no es la de lo verdadero, como en el asociacionismo, sino la de *información*: ésta es la función que Freud, de acuerdo con Lacan, habría recuperado para la imagen. Pero esta función debe ser entendida en un doble sentido: a. en su acepción más generalizada, como lo que informa, lo que da a conocer; y b. en su acepción específica, como lo que da forma[i].

Ésta sería la causalidad de la imagen, que es, para Lacan, la causalidad psíquica misma: la imagen debe ser comprendida como una acción que tiene efectos determinados. La acción de la imagen, dirá Lacan (1946), es una “acción de *Gestalt*” (p. 169), una “acción morfogénica” (p. 181), y esto es lo que Lacan quiere enfatizar primordialmente con su recuperación del término “*imago*”. Es decir que la *imago*, siendo ella misma una forma, tiene efectos de forma. Así llegamos a la definición más general de la *imago* de acuerdo con Lacan: *la imago es una forma que induce formas*; todas las imágenes heredarán de las *imagos*, ésta que será su naturaleza esencial.

3. Fecundidad psíquica de la prematuración del nacimiento

La *imago* sólo surge de una “carencia objetiva” (Lacan, 2010, p. 26), o en términos más precisos, para suplir, lo que, al nivel de lo real y actual, constituye una carencia objetiva. De lo que se carece en los momentos iniciales de la vida es de completitud y unidad corporal, de coordinación motriz y equilibratoria, debido a la prematuración específica del nacimiento del ser humano, cuya traducción subjetiva es la experiencia penosa que caracteriza los primeros seis meses de vida.

Pero si lo específico del ser humano es la prematuración de su nacimiento, también lo es la subversión de esa carencia objetiva (dada al nivel de su estructura biológica) mediante formas de objetivación (dadas al nivel de su estructura cultural). Es decir que el orden humano se resuelve, para Lacan, en esa tensión entre lo incompleto e incoordinado de su estructura biológica y las formas culturales de objetivación que se constituyen en un proceso dialéctico que hace surgir toda forma de una relación imaginaria con un otro.

Es decir que las *imagos* objetivan experiencias dadas, en un inicio, en términos incompletos e incoordinados. De aquí se desprende la “fecundidad psíquica de toda insuficiencia vital” (Lacan, 1936, p. 83), esto es, el hecho de que la función psíquica obtiene su impulso genético inicial de esa insuficiencia vital que caracteriza a los primeros meses de vida. La génesis del psiquismo humano es entendida, en rigor, por Lacan, de acuerdo a dos coordenadas: esta insuficiencia dada a nivel biológico, y además un efecto de anticipación dado a nivel psicológico. Lo que se anticipa es aquello de lo que se carece en lo real y actual, esas categorías que gobernarán el

funcionamiento psíquico en la relación del hombre consigo mismo y con el mundo, en esa tensión entre la armonía y la discordia en que su experiencia se debate.

4. Operaciones de la *imago*: fijación, unificación, totalización, regulación y reproducción

La complejidad de la acción de la *imago*, tal como la formulamos, puede desglosarse en una serie de operaciones específicas.

En la teoría de Lacan de las décadas de 1930 y 1940, las *imagos* quedan subsumidas como elementos fundamentales de una estructura mayor que las articula: el complejo. Las *imagos* son los elementos eficientes del complejo, esto es, aquellos por medio de los cuales el complejo puede hacer efectiva su acción. Ahora bien, ¿qué función desempeña la *imago* para el complejo?

Dos dimensiones pueden distinguirse de la *imago*, el contenido y la forma (Lacan, 2010). Del contenido, las referencias de Lacan son inespecíficas: habla de reacciones, de relaciones, de sensaciones, etc. Sin embargo, lo que todas estas referencias suponen en su inespecificidad es la idea de un cierto dinamismo psíquico. En cuanto a la forma, Lacan alude, *en primer lugar*, a su carácter fijo. Esta decisión de Lacan por la fijeza de la forma en detrimento del dinamismo es evidente a lo largo de todo este período: “es el defecto más notable de la doctrina analítica, dirá a este respecto, [el de] descuidar la estructura en beneficio del dinamismo” (Lacan, 2010, p. 74)[ii]. La forma fija el dinamismo: establecemos en esta fijación la primera operación de la *imago*: la *imago* como forma, fija realidades presentadas en una etapa del desarrollo psíquico que constituye su génesis.

Pero de la función que desempeña la *imago* en el complejo se desprende otro elemento: la *imago*, dice Lacan (2010), une un conjunto de reacciones. Nuevamente nos encontramos frente a un contenido indeterminado y frente a una operación nueva que es la de unificación. La forma de la *imago*, dirá Lacan, resulta de un proceso de organización u objetivación de su contenido. Hay razones suficientes, en la obra de Lacan, para entender esta organización u objetivación en los términos más precisos de una unificación.

Lograr la unificación de la *imago* que, olvidada por el sujeto, modula repetitivamente su comportamiento e *informa* de ese modo acerca de un pasado que el sujeto padece, es lo que delimita, en este momento, para Lacan, la orientación de la cura. Hay primero una imagen difusa y quebrada en elementos múltiples, una imagen que debe ser restaurada en su realidad propia, en su fijeza y unidad inherentes: como consecuencia de este proceso, el sujeto recuerda lo que antes olvidaba y se libera de las determinaciones provenientes de la imagen.

La *imago* introduce unidad en la multiplicidad de las tendencias, y esto define la segunda operación de la *imago*: la operación de organización que Lacan especifica con un matiz particular de unificación. Ya ha sido destacado que la cuestión de la imagen es la cuestión del uno, y el problema en el que se juega es el de “captar lo múltiple bajo las especies de la unidad” (Le Gaufey, 1998, p. 14). La función informadora de la *imago* fue demostrada, por Lacan, en el proceso de de la identificación. Lo que la identificación designa es “la asimilación *global* de una estructura” (Lacan, 1936, p. 82), oponiéndose de este modo a la imitación, que Lacan (1936) describe como una “aproximación *parcial* y titubeante” (p. 82). Esto sugiere que la función general de la *imago* se desarrollaría también según una nueva operación específica: una operación de globalización o totalización[iii]. Ya dijimos que el espacio de la imagen no es un espacio de parcialidades.

Estamos en condiciones de definir la naturaleza de las formas indu-

cidas por la *imago*. La *imago* designa, en Lacan, una forma caracterizada por su fijeza, unidad y totalidad. Y la definición lacaniana del espacio imaginario como un espacio inextenso (Lacan, 1946), se comprende a la luz de dos de las características aisladas hasta el momento. El espacio imaginario no es un espacio dividido en partes sino un espacio, por el contrario, de unidades y totalidades. Veremos más adelante que no será forzado adjudicarle a este espacio el carácter fijo que Lacan obvia en su definición pero que se desprende de nuestro desarrollo.

La *imago*, afectada por estas propiedades, ejercerá, desde el complejo, dos operaciones adicionales: regulará las realidades así fijadas, unificadas y totalizadas, y reproducirá esas realidades de allí en adelante toda vez que estén dadas ciertas circunstancias que condicionan dicha representación.

La operación regulatoria de la *imago* se explica por la carencia objetiva que evidencia la estructura biológica del hombre. Así, lo que regulará inicialmente la *imago* es la relación del niño respecto de su madre, relación descoordinada, en un principio, y vital en virtud de la dependencia absoluta que el niño desvalido manifiesta en relación a su medio social. Manifestada entonces, en un comienzo, en esta relación del niño con su cuidador, la operación regulatoria de la *imago* se extenderá, con posterioridad, hasta abarcar las relaciones más generales del ser humano con su grupo. Así se explica la utilidad y relevancia psicológicas de los complejos de destete, del semejante, de Edipo, etc.

La *imago*, dirá Lacan, reproduce al nivel del comportamiento lo que el sujeto olvida al nivel de la conciencia: así se comprende por qué Lacan la define, en 1938, como “representación inconsciente” (Lacan, 2010, p. 29). De modo que si el dinamismo, la multiplicidad y la parcialidad de las tendencias se pierden insondables, lo fijo, unitario y total de la *imago* puede sufrir dos desenlaces: o se repite en la conducta o se conoce en la conciencia, pero de ningún modo se pierde. La repetición constituye, en efecto, para Lacan, la dimensión temporal de la *imago*.

Las operaciones específicas en las que dividimos la acción de la *imago* tienen un alcance constitutivo de radical importancia. Mediante la fijación, unificación, totalización, regulación y reproducción de los fenómenos objeto de su acción, la *imago* ejerce su contribución en la conformación de la experiencia que el sujeto tiene de lo propio y de lo ajeno. De aquí que el movimiento de reformulación de la noción de imagen en la psicología permitiera el postulado de un sujeto activo en oposición al sujeto asociacionista. No se trata de ninguna construcción subjetiva unilateral de la experiencia, sino más bien, como dijimos, de una contribución de la imagen en cuanto a ciertos matices, ciertas profundidades, de la misma[iv].

El primer efecto constitutivo de la imagen que aparece en el ser humano, dirá Lacan, es un efecto de alienación: el sujeto se identifica con el otro, y se experimenta allí en primer término. Los efectos constitutivos de la imagen se manifiestan, en un segundo momento, en la conformación de su realidad[v] (en sus categorías del tiempo y del espacio[vi]), y, bajo la forma de la repetición, en la de una relación del sujeto con la misma[vii].

Como se ve, el proceso de conformación de la experiencia sigue, para Lacan, una dirección determinada, pues será sólo como reflejo de las formas del cuerpo que la realidad irá constituyéndose para el sujeto. Así, el despedazamiento inicial de las formas del cuerpo no podrá más que conducir al despedazamiento correlativo de la realidad. La realidad irá conformándose, de este modo, en un vínculo de derivación respecto de la conformación primaria que es la del cuerpo en la relación con el espejo[viii].

6. La identificación: génesis psicológica del yo y del mundo

La identificación es el proceso que Lacan emplea como referente para demostrar y fundamentar la acción de la *imago*. Hay en la identificación, para Lacan, una *conformidad* de los cuerpos, una *reciprocidad* de las imágenes, y una *ambivalencia* de las formas, basadas en una cierta semejanza objetiva[ix].

La identificación tiene, para Lacan, un momento genético, y ese momento está constituido por el «estadio del espejo». La conceptualización del estadio del espejo responde, para Lacan (1946), al intento de dilucidar el problema de la “génesis psicológica” de la “estructura propia del mundo humano” (p. 174). Se basa, para esto, en la interpretación de un comportamiento observable (casi ignorado hasta la década de 1930) propio de determinada fase de desarrollo.

En sus cursos de 1929/1930 y de 1930/1931 en la Sorbona, Henri Wallon ya había analizado este comportamiento, si bien desde el punto de vista de la correlación entre lo que puede observarse psicológicamente y sus bases en la evolución biológica del niño. Lo que a Wallon parecía preocupar de la cuestión de la imagen del cuerpo propio es el problema de la unidad (dinámica y estática), la sinergia (de movimientos y actitudes), y finalmente, el interés por una cierta globalidad corporal (Le Gaufey, 1998). Es interesante destacar la influencia de autores tales como Elsa Köhler, Charlotte Bühler y Paul Guillaume, emparentados con la *Gestalttheorie*, en la teorización de Wallon, autores que incluso serán citados posteriormente por Lacan en su desarrollo, por ejemplo, del transitivismo especular. No queremos insinuar que Wallon sea el antecedente de Lacan en esta cuestión (de hecho, nada asegura que Lacan haya leído a Wallon, y éste es citado sólo dos veces en los *Escritos*), sino sencillamente poner en perspectiva el interés de la época por un movimiento determinado y por problemas específicos (unidad, coordinación, totalidad) que empiezan a ser vinculados con el mismo.

La forma surge para lograr una cierta recomposición de la experiencia, en su “despedazamiento originario”. La unidad es aquella dimensión de la *imago* que Lacan parece enfatizar principalmente en la identificación del niño con la imagen especular. Pero la unidad no agota las posibilidades de lo que el niño encuentra en esa imagen. Si seguimos las hipótesis planteadas más arriba, la *imago* unifica las tendencias, pero además fija su dinamismo, y coordina las partes inicialmente desarticuladas en una totalidad pregnante. La salvación que el niño encuentra en la *imago* debe entenderse en este sentido amplio: la *imago salva del malestar inicial dado por la multiplicidad, el dinamismo, la parcialidad, la desarticulación y la desregulación de las tendencias. Así, lo que el sujeto afirma en su identificación con la imagen especular es la unidad, fijación, totalidad, articulación y regulación de sí: esta es, según creemos, la operación fundamental que define la idea lacaniana de una conformación del yo*.

Estas mismas propiedades, en un segundo momento, contribuirán a la génesis psicológica del mundo. El mundo que se deriva de la experiencia del espejo es un mundo narcisista, y este mundo, dirá Lacan, no contiene al prójimo. Algo de esto dijimos a propósito de la relación del niño con el semejante: hay un reconocimiento del propio cuerpo y de lo que le es exterior, pero sustentado sobre formas ambivalentes, este reconocimiento es insuficiente para conmovir el aislamiento del sujeto. El mundo que se deriva de la experiencia del espejo es, en otras palabras, un mundo solipsista: el otro sólo está presente bajo la forma del semejante o del doble, es decir como alteridad subordinada al yo.

Y sin embargo, la imagen, no distinguida por el niño en su extranjería, constituye un elemento extraño. Esa ambigüedad de la imagen, elemento extraño y no extraño, esa tensión de la imagen que *no*

se resuelve a ser una cosa o la otra es la misma que Lacan (2010) situará en el yo: “digamos que de este origen [de la experiencia del espejo] el yo conservará la estructura ambigua del espectáculo” (p. 57). De allí en adelante, desde el punto de vista formal, el yo designará tanto lo propio como lo ajeno.

El yo surge, en suma, en una matriz caracterizada por la captación por una imagen extranjera con la que el niño se identifica y con la que ingresa en una reciprocidad imaginaria dada sobre la base de una ambivalencia formal: esta reciprocidad imaginaria designa un tipo de relación, el transativismo, que si bien prevalece en la fase primordial de constitución yoica, no por eso desaparece de la experiencia posterior del hombre, surgiendo en relaciones de rivalidad, celos, etc.

7. El desconocimiento: la pasión como modo de relación con las imágenes

En 1902, Jules de Gaultier acuña el término «bovarismo» para definir “el poder que tiene el hombre de concebirse diferente de como es, y en consecuencia, hacerse una personalidad ficticia” (Tendlarz, p. 35)[x]. El bovarismo se explica por la eficiencia de la imagen: en efecto, la ficción de la personalidad (y de la realidad en general) sólo es conformada por la acción de “imágenes ideales” surgidas del medio social. Y esta eficiencia de la imagen descansa, a su vez, sobre una imposibilidad, la de concebir la realidad en su objetividad, en su modo “verdadero” de ser. La única realidad existente para el hombre es, de acuerdo a la filosofía de Gaultier, de evidente tinte nietzscheano, la realidad como ficción, como metáfora. Así, al quedar desalojada la realidad objetiva, el bovarismo deviene la única vía de aprehensión de la realidad: “una manera de mostrar las cosas diferente de como son, es decir, *de la única manera que es posible hacerlas aparecer*” (Tendlarz, p. 38)[xi].

La psiquiatría de principios del siglo XX ha intentado establecer una relación entre el bovarismo y la paranoia: si bien en grados diferentes de intensidad y sistematicidad, ambos fenómenos, se decía, manifiestan la misma falsedad de juicio en la estimación de sí y de la realidad, explicada por la “acción transformadora de la imaginación” (Tendlarz, p. 40)[xii]. Lacan comprendió que estos fenómenos ocultaban una de las verdades que definen al orden más general de lo humano: la relación del hombre con los ideales en los que, *creyendo conocerse, verdaderamente se desconoce*.

El bovarismo daría, así, la clave no de la paranoia sino de la relación más normal del hombre con sus ideales[xiii]. Esta relación es una identificación, y lo decisivo será entonces la naturaleza de la identificación del hombre con sus imágenes ideales, o como dice Lacan (1946), la medida de la “infatuación del sujeto” (p. 161). Es la pasión del sujeto por eso que presume *ser* lo que define a la locura; la fijeza en las imágenes con las que se identifica[xiv].

Lacan vincula el desconocimiento de la locura con el desconocimiento yoico. La locura, dirá en este sentido, incluye al yo como esencialmente alienado. En la relación del hombre con su yo, con esa suma de formas ideales, se juega la misma doble cuestión que subyace al fenómeno de la locura: a. la pasión por lo fijo[xv], por lo unitario[xvi], por lo totalitario, en suma: por lo virtual de la imagen; y b. un evadirse de lo deviniente, de lo múltiple y lo disociado, en suma, de lo actual y real del ser[xvii]. Y dentro de ese espacio imaginario donde el hombre desconoce y al desconocer se engaña, y donde confunde su imagen con la imagen del otro, el hombre manifiesta su agresión cada vez que la amenaza de aquello que evade se concretiza: lo que se muestra en ese espacio imaginario, dirá Lacan (1946), “vale lo más sangriento que sucede en el mundo, pues esto es lo que en el mundo hace correr sangre” (p. 166).

El yo es el resultante de las identificaciones ideales en las que se desarrolla la historia del sujeto, identificaciones que determinan “esa locura, gracias a la cual el hombre se cree un hombre” (Lacan, 1946, p. 177). El hombre es más que esas formas, sin embargo, no puede saber nada más, acerca de su ser, que lo que esas formas muestran[xviii]. Y en esto se revela la propiedad quizás más paradójica del yo, tal como lo entiende Lacan: representa al ser y lo enmascara, lo revela y lo vela[xix].

Las imágenes con las que el hombre se identifica representan al ser pero no son el ser, le dan forma al ser carente de forma, lo vuelven cognoscible siendo incognoscible de cualquier otra manera. Esa pasión del hombre por las formas que representan y enmascaran su ser, la esclavitud del hombre en esas formas ilusorias, es lo que Lacan entiende aquí por narcisismo[xx]: desde el punto de vista formal: una fijación del hombre en sus formas ilusorias; desde el punto de vista dinámico: una *estasis* de la energía en el polo yoico de su espacio de circulación. Toda la historia psíquica tiene como función resolver, desarrollándola, esa “discordancia primordial” (Lacan, 1946, p. 177) que existe entre el yo y el ser. Toda la historia psíquica se juega en la tensión entre lo fijo y lo dinámico, lo unitario y lo múltiple, lo totalitario y lo fragmentado, la repetición y la diferencia: allí es donde pareciera decidirse la vida del hombre, su destino y su devenir.

NOTAS

- [i] Cfr. para este empleo del término “información” en Lacan, Baños Orellana, J. (2008)
- [ii] El período de investigación psiquiátrica de Lacan de la década de 1930 estuvo signado por una preocupación constante: la búsqueda de una estructura ya de la personalidad, ya de la paranoia. Lacan concibe esta estructura de acuerdo a las exigencias de totalidad, unidad, constancia y organización de los fenómenos, ya de la personalidad ya de la paranoia, para que no queden *perdidos* en el horizonte de una *sucesión múltiple y desorganizada de elementos*, carentes de ley que regule su combinatoria y permita su aprehensión. Se manifiestan en esta noción problemas que conciernen a la noción de «forma» postulada aquí. Cfr., para una mayor fundamentación de lo aquí sostenido, Tendlarz (1999).
- [iii] Ya se ha destacado que la estructura formal que distingue el registro imaginario es la de parte-todo. Cfr. por ejemplo, Lutereau (2012).
- [iv] “Se observa aquí la influencia del complejo psicológico sobre una relación vital y es de ese modo que contribuye a la constitución de la realidad. Lo que aporta a ella no puede ser descrito en los términos de una psicogénesis intelectualista: se trata de una cierta profundidad afectiva del objeto” (Lacan, 2010, p. 72).
- [v] “Los efectos de esta aparición [la del padre] se pueden expresar, en su forma más general, así: la nueva imagen hace ‘precipitar en copos’ en el sujeto todo un mundo de personas que [...] cambian completamente para él la estructura de la realidad” (Lacan, 1946, p. 172).
- [vi] “Por lo demás, el papel decisivo de una experiencia afectiva de este registro [el complejo de Edipo] para la constitución del mundo de la realidad en las categorías del tiempo y el espacio es tan evidente [...]” (Lacan, 1946, p. 173).
- [vii] “¿Tiene, por tanto, la *imago* la función de instaurar en el ser una relación fundamental de su realidad con su organismo? ¿Nos muestra en otras formas la vida psíquica del hombre un fenómeno semejante? Ninguna experiencia como la del psicoanálisis habrá contribuido a manifestarlo, y esa necesidad de repetición que muestra como efecto del complejo [...] habla con suficiente claridad” (Lacan, 1946, p. 172).
- [viii] “La realidad, sometida inicialmente a un despedazamiento perceptivo, [...] se organiza reflejando las formas del cuerpo que constituyen en cierto modo el modelo de todos los objetos” (Lacan, 2010, p. 54).
- [ix] Esta semejanza objetiva se fundamenta en una determinada diferencia de edad: no mayor a los dos meses y medio, según *La familia y La agresividad en psicoanálisis*; no mayor a un año, según *Acerca de la causalidad psíquica*.
- [x] Cfr. de Gaultier, J., *Le Bovarysme*, Mercure de France, 1902.
- [xi] Cfr. de Gaultier, J., *La métaphore universelle*, Mercure de France.
- [xii] Cfr. Génil-Perrin, G., *Les paranoïaques* (1926), Lévy-Valensi, J., *Bovarysme et constitutions mentales* (1930), y Ey, H., *La notion de constitution: essai critique* (1932).
- [xiii] “Sobre que la teoría de Jules de Gaultier incumbe a una de las relaciones más normales de la personalidad humana -sus ideales-, conviene destacar que, si un hombre cualquiera que se cree rey está loco, no lo está menos un rey que se cree rey” (Lacan, 1946, p. 161).
- [xiv] Quizás resulte pertinente recordar que Maurice Dide, quien fue una de las fuentes más importantes de la teorización que Lacan lleva adelante en la década de 1930 sobre la noción de «ideal», en su trabajo de 1913, *Los idealistas pasionales*, definía la pasión como una “inclinación fija”. Cfr. Tendlarz (1999).
- [xv] “Ese narcisismo de los *ociosos*” (Lacan, 1946, p. 164).
- [xvi] “La verdadera clave del sentimiento aquí expresado: es la pasión de demostrar a todos su unicidad” (Lacan, 1946, p. 165)
- [xvii] El loco, dirá Lacan (1946), “sólo puede escapar de la actualidad gracias a la virtualidad” (p. 162). Para una fundamentación de lo antedicho revisar esta página.

- [xviii] “Fórmula paradójica, que adquiere, sin embargo, su valor si se considera que el hombre es mucho más que su cuerpo, sin poder dejar de saber nada más acerca de su ser” (Lacan, 1946, p. 177).
- [xix] “Nada separa al Yo de sus formas ideales [...] y todo lo limita por el lado del ser al que representa” (Lacan, 1946, p. 170).
- [xx] “La ilusión fundamental de la que el hombre es siervo [...] esa pasión de ser un hombre, diré, que es la pasión del alma por excelencia, el *narcisismo*” (Lacan, 1946, p. 178).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baños Orellana, J. (2008) La imago revisitada. Me cayó el veinte (rev. de la École Lacanienne de Psychanalyse), 17, 35-69.
- Lacan, J. (2003) Escritos 1, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1936) Más allá del principio de realidad
- Lacan, J. (1946) Acerca de la causalidad psíquica
- Lacan, J. (1948) La agresividad en psicoanálisis
- Lacan, J.: El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949)
- Lacan, J. (2010). La familia, Buenos Aires: Argonauta.
- Le Gaufey, G. (1998). El lazo especular: un estudio travesero de la unidad imaginaria. Buenos Aires: Ecole Lacanienne de Psychanalyse.
- Lutereau, L. (2012). La forma especular: fundamentos fenomenológicos de lo imaginario en Lacan. Buenos Aires: Letra Viva.
- Tendlarz, S. (1999). Aimée con Lacan: acerca de la paranoia de autopunición. Buenos Aires: Lugar Editorial.